LA LABOR DEL POETA

(Homenaje a Vicente Aleixandre.)

TÚ, poeta, corazón solitario.
Supiste del amor porque eres hombre.
Amaste la verdad de la llanura,
y tus ojos antiguos percibieron
en el hondo horizonte la callada
incógnita.
Nunca pude decirte qué milagro
arde en tus ojos de planeta ciego,
qué costado de luz hay en tu vida
cuando tú miras temblorosamente
caer la noche en la extensión vacía.

Porque yo sé muy bien qué nos ocultas.
En tu rincón de sombra hay un vilano
de luz, hay un punto de cálida corola
y tú la miras largamente mientras
la noche cae muy honda. Todo duerme,
todo calla en la noche. Mas palpita
la luz pequeña en el rincón sombrío
su celeste inocencia, su purísima
realidad.
Están ocultas todas las estrellas,
todo se entenebrece sobre el mundo.
No hay consuelo que pueda aligerarnos
el corazón. De pronto has levantado
tus manos rudas hacia el firmamento.
Necesitado has toda tu vida
acumulada para hacerlo. Eran
muy pesadas tus manos,

como de piedra o de metal muy duro.
Has elevado con dolor tus puños
entre la noche. Se entreabrían lentos
con esfuerzo de siglos, de raíces
que avanzan. Como debajo de la tierra abrías
tus manos
entre la densidad de la materia
sombría. Y allá lejos
en el fúnebre espacio, entre la espesa
sombra,
pudiste abrir al fin sangriento el puño
y exhalar para todos los humanos
fraternos, que tú amabas,
la luz que tú miraste,
la leve luz que acompañó tu vida.

Hela brillando para todos leve,
para todos celeste y diminuta; hela brillando
no sé si como un agua de frescura,
mas sé que da frescura,
no sé si como un río o una gota
de un río transparente.
Un agua que ha corrido muy despacio,
que ha resbalado lenta por tu vida,
que ha emanado de vida temblorosa,
desde viejas raíces, desde rotas
cavernas soterradas.
Desde un amor de rocas soterradas.
Un amor por el mundo, por el mundo
de angustiadas sazones, de roídas
esperanzas, de ciegos exterminios;
un mundo pobre de lamida pena,
de triste horror, de ocaso envejecido...

CARLOS BOUSOÑO